

timiento para quitarme á Teresa... ¿Pero Teresa exige también mi aprobación para unirse con Mayrault?

—Amigo mío,—dijo Ténéran con irónica confianza—la juventud no necesita más permiso para amar, que los pájaros para cantar en primavera y las flores para abrirse en verano. Es la Naturaleza que se manifiesta. Nosotros hemos logrado violentarla, desvirtuarla, reducirla á la más mínima expresión, pero no hemos podido llegar á sofocar los impulsos amorosos en el corazón de la juventud. Medita un poco respecto al alcance de tus recriminaciones. Despréndete de tu caso personal. Razona como si se tratara de otro, de Ténéran, por ejemplo, de tu viejo camarada. Imagínate que este quincuagenario esté enamorado de una niña de su barrio, y que se da una vida de todos los demonios porque un joven, inquilino de su casa, adora á la niña y se la quiere disputar. ¿Qué es lo que pensarías de ese loco? ¿Qué es lo que dirías, eh? Me parece que te oigo: ¿Habrás visto vejete más vicioso y calavera que ese Ténéran? ¡A su edad! ¡Y después de haberse dejado engañar de manera tan fabulosa por la señora Ténéran, piensa aún en el amor y se revuelve, como diablo en agua bendita, porque le disputan la posesión del objeto de su amor! ¡Es lástima verdaderamente! No hay que dar, de este modo, el espectáculo de las excitaciones seniles. Aquella niña y aquel

muchacho merecen todo el apoyo, y en cuanto á él, ¡es un asqueroso sátiro! Esto es lo que le dirías á Ténéran, mi buen amigo. Y harías muy bien. No te expongas á que pueda decirse lo mismo de Mels. ¡Y estarás en lo cierto!

Mels se sentó en un rincón, y se quedó abortado en una meditación dolorosa. Parecía que no se daba cuenta de que su amigo estaba allí. Con sus temblorosos dedos, se peinaba la punta de su barba gris, y entornaba las pupilas como para reconcentrar mejor su atención sobre el objeto de sus reflexiones. Su abatimiento moral era tan evidente que Ténéran se arrepentía de haber reconvenido con exceso á su amigo. Había dado con fuerza para debilitar la resistencia. Y en lugar de las protestas y de las acusaciones que esperaba oír, sólo hallaba dignidad y silencio. Esto le tenía inquieto y conmovido. Sacó de su bolsillo la petaca, lió entre sus amarillentos dedos un delgado cigarrillo y empezó á fumar andando por el taller. Mels no hizo un sólo movimiento. Triste y silencioso, continuaba en sus dolorosas reflexiones. Por fin exhaló un profundo suspiro, miró á Ténéran, que se detuvo, y con voz conmovida:

—Todo cuanto me has dicho ahora ya me lo había dicho yo. Pero eran esos propósitos que uno se forma, con la secreta esperanza de que alguien nos desmienta ó de que se opongan los acontecimientos y no llegue el

término funesto. Sin embargo, el momento inexorable ha llegado. No cabe hacerse ilusiones, Ténéran. La decadencia está aquí. Hay que aguantarla. ¡Ah! La cosa es tan dura que mejor hubiera sido no conocer el éxito, á perder su resplandor y volver á hundirse en la sombra. La muerte física es tan espantosa que hace temblar hasta á los más resueltos, pero ¿qué decir de la muerte moral, que precede al último fin, y nos hace asistir en plena vida é inteligencia á nuestros funerales? Ténéran, empieza ya mi agonía ¿cuándo acabará?

—Cuando tú quieras—dijo friamente el literato.—Y no con la muerte, sino con la resurrección. Tú estás en una especie de catalepsia, amigo Mels, despierta y empieza á vivir de nuevo. ¿Son acaso las gracias y puerilidades de la juventud las que lloras? ¿Qué has hecho de tu virilidad para mostrarte tan débil? ¿Vas á hacer como las mujeres que han sido hermosas y se encastillan en sus pasados triunfos, y se pintan, y se rellenan de algodón para encubrir, ó creer que encubren los desastres de su cutis y el derrumbamiento de sus atractivos? Tú y yo conocemos á algunos hombres maduros, que se embuten en corsés de cuero, se dan cosmético á los bigotes y se tiñen la barba. ¿Para engañar á quién? La vejez sin franqueza y sin naturalidad, es más deplorable que la decrepitud confesada. Un anciano, con su rostro

blanco y sus cabellos de plata, es muy atractivo. Un viejo verde, teñido, pintado, reluciente, emperifollado, con los cabellos verdes á fuerza de ser negros y dientes sospechosos á fuerza de ser blancos, es sólo objeto de risa. Colócate decididamente en el sitio que te corresponde. En vez de tantear con la punta del pie la orilla del lago de los desencantos, échate al agua sin vacilaciones, y saldrás de ella purificado, tranquilizado, fortificado, con tu verdadera edad, que es ¡vive Dios! muy aceptable, puesto que es la mía, pero á condición de que no tengas más pretensiones. Desde el punto de vista físico, te hallarás, pues, en salvo. Queda el punto de vista moral. Y te declaro desde luego que no me preocupa más que el otro. No puedes imaginarte lo rápidamente que uno se acostumbra á no contar más que en sí mismo. El mal de todos nuestros contemporáneos que se agitan, se mueven para llamar la atención, es que no saben acostumbrarse á la soledad. ¡Si sabías lo que es fecunda y estoy por decirte, agradable! ¡Ah! Dejar de ser esclavo de las conveniencias mundanas, no hacer más que el propio gusto, salir cuando á uno le place, quedarse cuando á uno le conviene. No violentar su conveniencia personal para obedecer á conveniencias extrañas, ¡si es la mayor de las satisfacciones! El retiro permite la meditación y la meditación permite el trabajo. Y aquí llegamos á la completa redención. El

día en que el trabajo se convierte en norma de la vida, el hombre vuelve á ser dueño de su poder. ¿Qué significa la vejez cuando el talento se manifiesta perpetuamente joven? El hombre que produce no tiene más edad que la de sus obras. Su personalidad se trueca, deja de ser física para ser exclusivamente artística. Y en esas condiciones, el artista goza de una inmunidad que no tiene más límites que su genio. ¿Comprendes, mi buen amigo, qué inmensas compensaciones puedes hallar á las decepciones de tu corazón? El remedio está al alcance de tu mano. Te basta querer y estás salvado.

—¿Para qué?

—¿Vas á abandonarte á ti mismo?

—Estoy cansado. Me parece que nada habría más dulce para mí que dormir sin soñar, por mucho tiempo, para olvidarlo todo. El sueño más largo y profundo, ¿no es Ténéran, la muerte?

—Algunos lo dicen—replicó el literato con un gesto de inquietud.—Otros creen en una lucidez, en una completa clarividencia, que se prolonga más allá de nuestra vida aparente. Y si estos tienen razón, Mels, ¿cuál debe ser el dolor del que sale violentamente de la vida, y ve detrás de sí las consecuencias de su maldad ó de su cobardía, sin posibilidad de remediarlas? Nada más que por esto, mi viejo amigo, hay que cumplir todos los deberes sobre esta tierra. Porque ¿quién sabe lo

que nos espera? ¿Eres creyente ó ateo? Tú seguramente no te has preocupado mucho de esas cosas, como todos los que gozan y se dan buena vida. Sin embargo, es un problema que se establece en seguida, apenas ocurren las primeras desdichas ó las primeras enfermedades. Basta con colocarse, por un minuto, frente á frente de la suprema peripécia, para preguntarse cuáles serán sus consecuencias. Los que hablan, como hacías momentos antes, de dormir eternamente, sin sueños, pueden estar tranquilos sobre lo que les espera. Se echan en la nada para escapar á toda responsabilidad. ¿Pero, y los otros? ¿Los que no saben con seguridad lo que puede ocurrirles después de muertos? ¿Crees que pueden afrontar aquel negro porvenir con tranquilidad, si no se han puesto en paz con su conciencia? Para ellos la muerte no pone término á nada. ¿Eres de estos, Mels?

Mels no respondió. Su rostro se había puesto pálido y sus hundidos ojos parecían no ver. En el silencio del estudio sólo se oían los pasos mesurados de Ténéran que andaba de la chimenea á la ventana. Transcurrieron algunos instantes, sin que Mels se moviera de su actitud abatida, y sin que Ténéran detuviera su meditabundo paseo. Por fin, el literato pareció que tomaba una resolución y colocándose delante de su amigo:

—En una palabra ¿toda tu desesperación proviene de que Teresa te pospone á May-

rault? ¡Pues bien! Hablemos claro y sepamos lo que piensas. En este momento eres el dueño del destino de esos dos jóvenes. Mayrault no me ha ocultado que no haría nada contra tu voluntad. Si su dicha ha de causarte disgusto, renunciará á ser dichoso. Date perfecta cuenta de la conducta de ese muchacho. Se muestra infinitamente respetuoso á tus sentimientos, infinitamente agradecido á tus bondades. No quiere arrebatarte á Teresa. Te la pide. En tu mano está el rehusársela.

—Ningún derecho tengo á ello,—exclamó Mels con dolor.—Sea lo que quiera lo que yo haga ó diga, ella ya no será mía. Si la doy á Mayrault, obtengo su gratitud. Si se la niego, merezco la execración de Teresa. ¿Cabe vacilar? ¿Y de qué me serviría? Lo único que importa en todo esto, es la voluntad del ser amado. Esa voluntad no puede ser más clara, y ella me condena. Este es el motivo de mi desesperación. No estoy celoso de Mayrault, mi dolor tiene más noble origen. El abandono de Teresa señala la hora de mi declinación. Con ella se van mi fuerza y mi valor. Si yo fuera hoy el hombre de ayer, si mi fama permaneciera intacta, si mi potencia creadora se mantuviese íntegra, ni Teresa hubiera pensado en dejarme, ni Mayrault se hubiera atrevido á quitármela. Pero me encuentro atacado por mis enemigos, minado por mis envidiosos. El episodio del concurso ha sido la primera manifestación de la

liga formada para hundirme. Se me quiere derribar porque estorbo el camino á los impacientes que quieren substituir una estética intransigente á la pura y clásica doctrina, de la que soy uno de los últimos prosélitos. Y con refinamiento especialmente feroz, han elegido á mi discípulo favorito para oponerlo á mí. ¿Penetras bien lo que ofrece de cruel para mí toda esa pública rivalidad de artistas complicada con esa secreta rivalidad de hombres? No parece sino que los que lo han maquinado, han tenido la intuición de lo decisivo que sería el golpe para mí. Contra un competidor, por despreciable que fuera, tal vez hubiera tenido suficiente energía para combatir. Contra Mayrault me hallaba sin defensa. Si me interpusiera entre los dos jóvenes para separarlos, me haría odioso. Prefiero entregarlos uno á otro. Al menos no desmentiré mi carácter y les impondré un último deber: comparar su ingratitud con mi abnegación.

—¡Conformes! amigo mío, tienes razón. Al mal tiempo buena cara. Será siempre uno de los mejores sistemas para salir de apuros. Yo he pasado por una prueba sin duda más cruel que la tuya, cuando mi mujer me engañaba. Tú sabes cuanto la amaba y cuán desgraciado fuí. ¿Qué podía hacer? ¿Matarla con su cómplice? ¿Pedir el divorcio? ¿Ocupar la atención pública con mis desdichas conyugales, prestar armas á la crítica, siem-

pre dispuesta á aplastar á los que sufren, dar que reir á los indiferentes, gozosos de hallar una ocasión de darse aires de despreocupados á costa ajena? ¡No! He tomado el partido de callar. Puse á la puerta á la señora de Ténéran, para que no deshonrara más mi casa con sus costumbres disolutas, y me consolé con un buen pliego de papel blanco que cubrí de líneas negras, lo que me obligó á pensar en otra cosa, y me valió dinero para pagar las deudas que me dejó mi mujer, como último recuerdo. Gracias á mi sistema, pude atravesar la crisis con relativa tranquilidad. Me hice el indiferente. Algunas noches en que la soledad me parecía demasiado lúgubre, demasiado desagradable, tomaba el sombrero y salía y me marchaba á un teatro, á un music-hall. Y me consolaba con la alegría de los demás. Los teatros en donde se ríe especialmente, como por ejemplo, el Palais-Royal ó las Variedades me hacían mucho bien. Casi en todas las obras que representaban había un marido engañado y grotesco. Pero yo notaba una cosa, y es que los engañadores se encontraban, á la postre, más desgraciados, más ridiculizados y más apurados que el mismo engañado. Y mientras me marchaba, al caer el telón, pensaba en aquella extraña situación del marido, que acaba por ser simpático á fuerza de ser maltratado, y deducía que hasta en el infortunio hay una fuerza inmanente que impone respeto. De

pronto se burlan del desgraciado, pero después se juzga á los que son causa de su desgracia. Y de la noche á la mañana la opinión cambia. Aquel de quien se burlaba parece interesarle porque ha sufrido. Los otros se le hacen despreciables por lo que han hecho sufrir. Y esto es un gran consuelo. Cuando el burlado halla la opinión favorable, recobra su animación y desdeña á sus perseguidores. Acaba hasta por perdonarlos. El pensamiento se depura, la filosofía toma el lugar de la sensiblería. Y en lugar de razonar con argumentos de cajón, arréglase para su uso una manera de ver personal. Yo he llegado á esto. Y tengo la pretensión de que no me dejo llevar por la corriente social. No quiero tomar mis apreciaciones en los cajones debidamente rotulados, donde la moral humanitaria ha coleccionado sus juicios definitivos sobre todos los casos que ocurren usualmente. No acepto la cosa juzgada. Y en este momento lo pruebo. Imítame, amigo Mels. Hallas á tu paso una negra sima. Cierra los ojos y salta. Yo te respondo de que saldrás triunfante de la aventura.

Mels se levantó. Parecía más tranquilo. Se acercó á su amigo, y mirándole con dulzura:

—Mucho te agradezco que me hayas hablado así. Yo no soy más que un viejo niño viciado. Hasta hoy, todo en la vida se ha juntado para satisfacerme. Tengo que acostum-

brarme á los contratiempos. ¿Pero tú me ayudarás, verdad?

—Ya sabes que puedes contar conmigo, absolutamente. No me separaré de ti, si tal es tu gusto. Yo, soy libre. Llevó mi tintero y mi papel á donde quiero, y cualquier ángulo de mesa me sirve para trabajar. Nada ni nadie me interesan. Nos iremos á recorrer la Italia ó la España, si quieres. Hace tiempo que proyecto un gran trabajo sobre Goya, desde el punto de vista de su influencia sobre la escuela impresionista... Iremos á refrigerarnos á las fuentes sagradas...

De pronto se calló. En la pieza inmediata se oyó un ligero ruido de puerta que se cierra ó de mueble que resbala y Mels palideció súbitamente. Ténéran le interrogó con la mirada:

—Sí—dijo el pintor;—es Teresa que vuelve... ¿Quieres que la llame y le hable delante de ti?

—Si esto te parece más fácil, consiento. ¿Pero estás ya bien resuelto?

—¿Puedo escoger acaso? Tú mismo lo has dicho: al mal tiempo buena cara. Voy á intentarlo.

Y se dirigió hacia la puerta del pequeño salón donde Teresa permanecía ordinariamente, cuando no trabajaba en el taller. Sentada en una silla al lado de la ventana, la joven leía. Al oír entrar á su maestro, levantó los ojos y una sonrisa iluminó su cara. Mels

la miró un instante, como para darse cuenta de sus disposiciones, y la vió tranquila y afectuosa como siempre.

—¿Por qué no has entrado en el estudio apenas has llegado?—le dijo.

—He sabido que estaba con usted el señor Ténéran y he temido estorbar.

—¿Desde cuándo tomas tantas precauciones con nosotros?

Ella no contestó, cerró su libro y se levantó.

El la hizo pasar adelante y mientras estrechaba la mano al literato:

—¿Has estado en casa de Celia Bazin, según te habías propuesto?

—Vengo de allí.

—¡Ah! ¿Y le has contado á ella todas las cosas que me has ocultado á mí?

Teresa se ruborizó, sus ojos se ocultaron bajo sus largas pestañas y se quedó inmóvil y turbada ante su maestro.

—Siéntate, Teresa—dijo Mels, tomándola suavemente por los hombros y conduciéndola á un sillón. Tenemos que explicarnos por última vez, pero sinceramente. Tú me has dejado decir un cúmulo de tonterías esta mañana, por no haberme avisado con tiempo de tus nuevas disposiciones... Esto no está bien, hija mía. Tú has expuesto á tu viejo maestro á ponerse en ridículo delante de ti... Y te bastaba una palabra, una sola palabra para iluminarme... Sin embargo, no la has pronunciado... Yo tenía derecho á esperar más

franqueza de ti. ¿Tan difícil te parecía hacerme saber que Mayrault te amaba? ¿Ves? Mayrault ha sido más sincero. Ha corrido, esta mañana, á casa de Ténéran para rogarle que me lo participara.

—No me acuse por mi silencio.—exclamó Teresa.—¿Cómo podía tener el valor de desengañarle? ¿Todo cuanto le hubiese dicho no había de afligirle de todas maneras? ¿Y me cree usted capaz de decidirme á ello? Soy muy desgraciada, créalo usted...

Y no pudo continuar. Su voz se anudó en su garganta y rompió á llorar. Mels, en extremo emocionado sentóse al lado de ella y tomándole la mano dijo dulcemente:

—No es por culpa mía, Teresa, porque jamás he formado un proyecto que no fuera ventajoso para ti. Todo, en mi intención, ha concurrido á asegurar tu porvenir y de ello voy á darte nueva prueba, dándote paternalmente el consentimiento que no te has atrevido á pedirme esta mañana. Cásate con el que amas, hija mía. El debe sentirse orgulloso de tu elección y espero que pondrá todos los medios para justificarla. No te deseo más que la felicidad. Y aunque la debas compartir con otro, cuenta conmigo, para contribuir á ella con todas mis fuerzas.

Ténéran, más agitado de lo que hubiera querido aparecer, aprobó con la cabeza las palabras de su amigo. Bajo la digna actitud tomada por Mels, sentía palpitar el dolor.

Tal vez nunca Teresa había parecido tan hermosa como en aquel momento, en el que, recobrando la ingenuidad de niña por la frescura de las impresiones que acababa de experimentar, olvidaba todas las desdichas y todas las tristezas de su pasada existencia, para lanzarse rebotando esperanzas á una vida de dulzura y de amor.

Lo que tan hondamente sentía, al oír las palabras á la vez graves y cariñosas de Mels, se traducía en su semblante por una dichosa serenidad. Veía que todas las dificultades por ella temidas, desaparecían como por ensalmo. El hombre cuya desesperación temía, se hacía el principal artífice de su felicidad. Creyó ingenuamente en la sinceridad de Mels. Pensó que ella había podido engañarse, y que él se había engañado á sí mismo, acerca de los sentimientos que había expresado. El sentido de las palabras que oyera por la mañana se modificó en su memoria. Lo que Mels había querido ofrecerle era su nombre. Había querido hacerla partícipe de su posición, de su fortuna. Sólo se preocupaba de ponerla al abrigo de todas las dificultades de la vida para el caso de que desapareciera. Era un padre, tal como lo había dicho delante de Ténéran, y no un esposo que le tendía la mano. Y en lugar de temerle, podía continuar amándole con toda su gratitud y con toda su admiración.

Esta profunda satisfacción hizo resplande-

cer los ojos de Teresa, animó sus labios con radiante sonrisa y dió á su fisonomía una expresión de triunfo, que acabó de desgarrar el dolor de Mels. Entonces tuvo la revelación de su irremediable decadencia. Comparó la inmensa diferencia que había entre el sentimiento de gratitud que sus bondades inspiraban á Teresa, y la admirable oleada de amor que arrastraba á la niña hacia Mayrault. Midió la inmensa distancia que separaba su madurez de aquella juventud. Sintióse irremisiblemente viejo. Y se sonrojó por haber querido unir sus cincuenta años con los veinticinco de Teresa.

Pero se congratuló consigo mismo de haber sacado valerosamente partido de su derrota y de haber hecho una capitulación honrosa. En aquel derrumbamiento de todas sus ilusiones, salvaba al menos su dignidad personal. Conocía que engañaba á Teresa y hacía ilusionar tal vez á Ténéran, á despecho del conocimiento profundo de su carácter que tenía tan prudente consejero. Viéndose condenado á caer, felicitábase de soportar su desastre con tan digna firmeza. Tenía la conciencia de haber cumplido con su deber y esto le sirvió de infinito consuelo.

Sin embargo, de prolongarse la situación, se hubiera hecho difícil. Sólo explicándose con insuficiencia habían logrado entenderse Mels y Teresa. Una palabra más podría destruir el resultado adquirido de un modo tan

feliz. Ténéran lo comprendió instintivamente y dijo:

—Pues bien, ya que estáis de acuerdo, voy á mandar por Mayrault para que hables con él, y le prevengas sobre las disposiciones que acabáis de tomar. Por su parte, me figuro que Teresa desea escribir á la señorita Bazin para darle noticia del estado de las cosas...

—¡Oh! debo hacerlo,—respondió la joven.—Escribo en seguida...

Y viendo que Ténéran tomaba el sombrero:

—¿Te marchas?—preguntó Mels á su antiguo camarada.—¿No piensas volver esta noche?

—Por vida mía, que tienes razón,—dijo el crítico;—y puesto que estamos conformes en todo, sólo queda que hacer una cosa: comamos juntos aquí. Teresa invitará á Celia, y yo te traeré á Mayrault. ¿Qué te parece?

Y mientras hablaba, miraba á Mels como para infundirle el valor de soportar la prueba. El viejo artista exhaló un suspiro y con voz en la que no se traslucía ninguna emoción, dijo:

—Quedamos de acuerdo. A los postres celebraremos los esponsales de estos muchachos.

